

# SIETE

## Un reencuentro

Una mujer que ha tenido gran importancia en mi vida ha sido Mónica. El amor que tuvimos en el pretérito, intenso y apasionado, quedó definido por un carácter adolescente, romántico e impulsivo. Después de nuestra ruptura, pasaron muchos años sin que la volviera a ver. Pero un día, al pasar con mi automóvil frente a su casa, la vi subir a un coche y dar instrucciones al chofer... Aunque su auto partió como alma que lleva el diablo, mi Opel se convirtió en increíble sabueso y la seguí por avenidas, calles y callejuelas. Su máquina se detuvo y ella se dirigió hacia un pequeño edificio. Hice otro tanto, hasta dar pie a algo así como el encuentro de la audacia y la sorpresa. Me aproveché del asombro, del temor a que nos vieran, de su perplejidad e incertidumbre, y le saqué con sacacorchos una cita. La obtención de ésta fue, me parece, algo puramente

circunstancial. "Acepto que nos veamos en secreto -parecía decirme Mónica- pero, por favor, que no se nos vea en público".

A los pocos días, como en el pasado, me encontraba en una esquina, en la terrible ocupación de la espera. No con la convicción de que llegaría. Pero tampoco con la certidumbre de que, como el árbol que se hallaba junto a mí, me dejara plantado. Más bien reducido lopezvelardianamente a la zozobra, con el corazón viendo de reojo hacia la izquierda y la derecha y tronándome las expectativas. De repente, Mónica llegó en un coche de alquiler. Nos subimos a mi Opel y en menos que canta un gallo nos encontramos en el rectángulo mullido de una cama. Vivimos, por así decirlo, la resurrección del lecho. Encontré los viejos besos, con el sabor de siempre, en el armario del consentimiento. Hallé las caricias semi-olvidadas, pero familiares, en los bordes de la provocación. Degusté el vino añejo de las dulces violencias. Y empecé a tararear, como quien refresca la memoria, las melodías de una antigua excitación resucitada.

Pero eso no fue lo esencial. Lo realmente importante, residió en el hecho --al menos desde mi perspectiva-- de que, en mi relación con ella, ya no tenía el "sentimiento amoroso", juvenil y romántico, que me ponía trabas para embriagarme de goce, sino que ahora me veía en la posibilidad de incursionar en los mil y un matices que implica una sensualidad asumida a profundidad, y dar libre curso, sin restricciones, a las potencialidades de un cuerpo juvenil más cercano al potro encabritado que sueña con hallar la paja ideal en algún recoveco del futuro, que al caballo preso de fatiga que ha dejado tras de sí la inmóvil polvareda de lo sido.

Mis diferencias con ella continuaron siendo las de siempre. Me parecía demasiado tímida, introvertida, obcecada. Su concepción del mundo --si es que al cuento de fantasmas que poblaba su mente podemos llamar concepción del mundo-- difería tajantemente de mi materialismo filosófico (que había dejado las vicisitudes del desarrollo y el aprendizaje para instalarse en la madurez). Sus opiniones y actitudes políticas --basadas en su

militancia de tiempo completo en el escepticismo-- discrepaban en todo y por todo con las mías. Se podría insinuar que en algo coincidíamos: en nuestra pasión por el arte. Esto era, sin embargo, un espejismo. A ella le interesaba la literatura como actividad académica, como formación, como disfrute sistemático (era y es una gran devoradora de novelas) y como permanente proyecto de creación. *Más tarde cambió para bien su relación con la literatura y se embarcó en una producción novelística de indudable talento.* Pero su interés por la poesía y, sobre todo, por la música era mínimo. Con ella podía conversar de literatura y pasarla muy bien. Pero no podía compartir mis inquietudes líricas, mis fantasías filosóficas y mis entusiasmos políticos.

Físicamente se había transformado. Ya no era el cuerpo armonioso de bellas piernas, caderas curvadas dentro de las dimensiones de lo preciso y escultural, senos pequeños con unos pezones que pujaban por proyectarse hacia el encuentro del espacio, vientre juvenil con la tersura caliente de su belleza horizontal. Los años habían transcurrido. El matrimonio y la

maternidad habían dejado sus huellas en este bello cuerpo. La hermosura de su figura subsistía, pero después de sufrir evidentes retoques de forma. Los senos habían crecido hasta el tamaño de la concupiscencia. Las caderas se habían redondeado hasta introducir unos compases de morbidez en la sinfonía de la sensualidad. En el pubis lucía una mata de vellos no negros, como era de esperarse, sino ligeramente rojizos.

Una mujer puede ir cambiando de formas, contornos, pero sin cambiar de carácter. Hay cuerpos despampanantes que alojan a mujeres que continúan siendo tímidas, modosas y virginales. El cambio psíquico de Mónica era tajante. Era una mujer audaz, desinhibida, entusiasmada con su capacidad de excitación y goce.

Nuestro reencuentro fue, en estas condiciones, de gran importancia y de consecuencias inimaginables. Mónica se fue convirtiendo gradualmente en lo que podría recibir el nombre de mi "compañera erótica". Ya antes, con Gracie1a y con la primera

Mónica, había tenido lo que suelen llamarse fantasías, deseos confesados o inconfesados de transgredir las normas, expectativas nunca realizadas de recorrer un "catálogo de perversiones". Pero siempre se habían quedado en eso: fantasías y sueños. Ni mis compañeras se interesaban por emprender el camino tortuoso que vislumbraba mi imaginación, ni mis deseos llegaban al punto de cuajar en impulso. Pero con Mónica fue todo distinto. Las malas palabras la excitaban. El sadomasoquismo (en una versión, desde luego, civilizada) hizo acto de presencia entre nosotros. La relación amorosa no sólo consistía en la comunión de cuerpos, excitaciones, sudores y jadeos, sino en la unión, simultánea a todo lo anterior, de mi boca y su oído, de mi boca plagada de sugerencias, balbuceos, solicitudes y de su oído atento, receptivo y excitable. Mónica era víctima -víctima gozosa- de una doble penetración: corporal la una, psíquica la otra.

A petición mía, me empezó a narrar su pasado y algunos de los sucesos más recónditos que se ocultaban en éste.

Me platicó de sus experiencias amorosas con una antigua compañera de escuela, hoy famosa actriz de cine.. De una regadera compartida. De un mutuo enjabonamiento que fue pasando de la fase del juego, a la de la excitación y a la de las caricias eróticas con la pasión como directora de escena. Me habló de su primer lecho sáfico. De su entrega a lo desconocido. De su tutearse con el vértigo. Y del levantarse de la cama, como Venus al salir del mar, con sus poros enardecidos y su cuerpo recorriendo todos los litorales de la satisfacción. Me narró esa experiencia como única e irrepetible, como inolvidable, como asentada en los cuartos interiores del deseo. Y todo ello, producía en mí no sé qué desmoronamientos interiores. No sé qué efusividades inéditas. No sé qué propósitos de violentar lo "permitido" y cotidiano, lo "decente" y bien visto.

Para que una pareja prospere y se consolide se precisa que haga suyo lo que podríamos llamar un *proyecto de vida común*. La pareja no es sólo un enlazamiento de individualidades o un puente perpetuamente renovado entre dos pronombres, sino un

par de yoes con las manos enlazadas y reclutadas por idéntico ideal. Pero hay ideales e ideales. El proyecto de vida común que fue apareciendo primero y prosperando después entre Mónica y yo no fue otro que el de ser compañeros de una misma travesía erótica. Cómplices entusiastas en el periplo de la sensualidad. Mónica la intrépida y Enrique el navegante incursionaron, sin duda, por los cuatro mares del atrevimiento. Consultando de cuando en vez la brújula puntual de sus correspondientes libidos, imaginaron situaciones, fantasearon rupturas de lo establecido, soñaron construir, con la materia prima del jadeo, su música de cámara, y le dieron rienda suelta a su capacidad de realización, de encarnar lo deseado, de no quedarse tejiendo los hilos de un anhelo, en las nubes de la ilusión. Y en esas condiciones, tras de decir: "manos a la obra", iniciaron su itinerario por la excitación, los orgasmos y la memoria.

Nuestro decálogo empezaba: *relájate. Guarda la tensión en un cajón del ropero. Prepara toda tu artillería antiaérea contra las prohibiciones. Y lo hicimos.*

## DISQUISICIONES FILOSÓFICAS

Jean-Paul Sartre, como típico pensador francés y racionalista, debe mucho a Descartes. Si el autor del *Discurso del método y las Meditaciones metafísicas* pone en el centro de sus disquisiciones el *cogito*, de tal manera que la existencia deviene una mera derivación del dolor de cabeza que implica poner en acción la maquinaria de nuestra materia gris, el autor de *La náusea* hereda la noción de un comienzo neurálgico y cogitativo. Por eso habla de un *cogito pre-reflexivo*, de una aprehensión de la propia *realidad humana* previa a toda intelección discursiva, de un pensar, en fin, anterior al pensamiento en sentido estricto.

Pero no deben alarmarse los lectores: no voy a continuar el presente escrito por este desfiladero filosófico plagado de filosofemas y pedanterías. No. Mencionaba el *cogito pre-reflexivo* de Sartre porque creo que existe un *cogito erótico pre-reflexivo* y que yo lo he padecido (o gozado) en carne propia.

Desde niño advertía -antes de ser plenamente consciente de qué significaba tal cosa-- que todas las mujeres que formaban mi entorno pasaban involuntariamente por el tamiz de lo que me gustaría denominar un *juicio erótico espontáneo*. Unas me fascinaban, otras me atraían, otras me eran indiferentes y otras me disgustaban. Todos los elementos femeninos que formaban parte de mi circunstancia eran víctimas de esa secreta evaluación erótica. Todas las mujeres que, desde los diez años en adelante, se hallaban o se hallan a mi alrededor caen -dentro de un juicio de valor sexual (y afectivo) en el que la reflexión no tiene nada que ver. Este *cogito erótico* no se anda con prejuicios, ni se tienta el corazón para manifestarse frente a cualquier provocación del medio ambiente. Para él carecen de importancia la diferencia de edades, de clases sociales o de razas. Para él nada significa que existan o no nexos consanguíneos entre el sujeto femenino y mi persona. Él encarna, en toda su plenitud, la libertad sexual. A medida que fui creciendo y reparando en la presencia cada vez más evidente del *cogito amoroso* (y su acción de medir a las

mujeres de mi entorno con la vara de la inclinación subjetiva) me tropecé con el mundo de los cánones morales, con el des1inde entre lo posible y lo imposible, lo permitido y lo prohibido, lo no pecaminoso y lo pecaminoso. Di de pronto de manos a boca con el tabú del incesto. Podía ver y hasta jugar con las amiguitas de mis primas pero no con mis primas. Podía desear a la mujer de la tienda pero no a mi tía. Y así, hasta interiorizar en mí un complejo de culpabilidad cuando deseaba a alguien con quien compartía lazos de sangre. La religión católica ponía su simún de arena en esta diferenciación entre lo natural y anormal. Y la "ciencia" venía en su apoyo al hablar de las taras hereditarias que podrían generarse si alguien, olvidando la voz de Dios, de la sociedad y de la biología, incursionaba en el escabroso mundo de lo interdicto. Mi juicio erótico no se anda, pues, por las ramas; es más cínico que hipócrita, y no hay nada, o casi nada, que lo pare en seco, lo anule o lo destierre. Este era mi punto de vista, mi segura convicción, cuando, al romper con Maricela, tomé el te1éfono y me dispuse a hablar con mi prima Laura.

## MÁS DE POLÍTICA

No hay mayor sinsentido que decirse, creerse, presumirse luchador social y permanecer dentro de los cuatro muros del gabinete, el cubículo o el grupúsculo. Toda secta acaba por ser el idóneo palacio de la masturbación. Célula de Robinsones que piensa "por" la clase obrera o "para" el pueblo; pero que tiene a su ombligo como el centro de una fantasmagoría que constituye el paraíso artificial de los sectarios. En mi vida política -durante la etapa del Espartaquismo integral (EI) y del Espartaquismo Integral-Revolución Articulada (EIRA) fui siendo consciente poco a poco de esta situación. Y traté de salir de ella. El proceso de desligamiento de la marginalidad política fue complicado y difícil. Entrañó una lucha contra mis correligionarios y contra mí mismo.

El primer paso en esta dirección fue propiciado por un hecho imprevisto. Estaba en mi departamento de Adolfo Prieto, cuando

Llegó a visitarme el Profesor Jesús Pérez Cuevas quien, aunque había nacido en otro estado, residía en la ciudad de Zacatecas. Llegó para invitarme a dar un cursillo de un mes en la Universidad Autónoma de Zacatecas sobre un tema que a mí me interesaba especialmente: el papel de los intelectuales en la sociedad actual. Jesús me dijo que había leído algo de lo que yo había escrito sobre el tema, y que existía gran interés entre los profesores de la Universidad para escuchar una serie de charlas sobre el particular. Ante una pregunta mía -pregunta lanzada a quemarropa- Pérez Cuevas me dijo que él era maoísta, que pertenecía, como dirigente, al Frente Popular de Zacatecas y que los planteamientos que había yo hecho sobre la *clase intelectual* les resultaban interesantes y dignos de conocerse y discutirse con maestros y alumnos de la Universidad y, desde luego, con sus compañeros de lucha. Yo acepté gustosamente.

Y heme aquí instalado, en compañía de Alicia, mi verdadera compañera de vida, durante un mes, en la capital del estado de Ramón López Velarde, Candelario Huízar, Francisco Goitia y

tantos otros. Las charlas las dimos en realidad Alicia y yo. Fue un trabajo intenso. En la mañana preparábamos nuestra intervención y en la tarde, durante varias horas, la exponíamos. Al principio, el grupo de asistentes al seminario nos oía con cierta displicencia y escepticismo. Pero, poco a poco, se fueron interesando en el tema, en la novedad metodológica que suponía, en la audacia de los planteamientos, y en la "melodía rocosa" de una lógica que, una vez aceptada, conducía forzosamente a ciertas conclusiones. Al terminar el curso, nos dio la impresión a Alicia y a mí de que habíamos convencido a la mayor parte de los asistentes a las conferencias. Impresión que se vio refrendada por la aparente asimilación que, a partir de entonces, los dirigentes del Frente Popular de Zacatecas (FPZ) parecieron llevar a cabo. La dirección del Frente dio la impresión de inclinarse, pues, a la aceptación de la teoría de la existencia de una *clase intelectual* diferenciada tanto de la clase burguesa como de la clase proletaria manual. La relación del EIRA con el FPZ se estrechó enormemente. Nuestros viajes a Zacatecas se

hicieron habituales, hasta terminar por convertirse el EIRA en una especie de sucursal, en el Distrito Federal, del FPZ.

Como el FPZ vivía por entonces una de sus mejores etapas, como se hallaba empeñado en una lucha campesina -fundamentalmente vinculada a la toma de tierras y a la formación de nuevas comunidades- la asimilación del EIRA al Frente hizo que aquél perdiera, o empezara a perder, su carácter tradicional de círculo de estudios o de micro-organismo de reflexión teórico-política. Por primera vez abandonábamos, desde la Liga Leninista Espartaco, nuestro mundillo de cofradía aislada y club de teóricos profesionales.

Nunca he sido ni seré un buen orador. Muchos alumnos me han dicho -y no tengo por qué dudarlo- que fui un excelente maestro. Si la oratoria se vincula con la agitación -decir pocas ideas para mucha gente- y el magisterio político con la propaganda -proferir muchas ideas para poca gente- he podido llevar de cabo con destreza lo segundo, pero no lo primero. Si quisiera describir lo

que siento cuando me veo en la necesidad de hablar en público, de improvisar un discurso, de dirigirme oratoriamente a una concentración cualquiera, caería en lo que los actores y virtuosos musicales llaman "pavor escénico". No logro sobreponerme al público -como lo hago en un salón de clases o en una sala de conferencias- y la presencia de la masa anónima me resulta tan sobrecogedora e impresionante que trastabillo, se me olvidan las ideas, me muevo en un mar de confusiones y yo -que me precio de tener muy cartesianamente "ideas claras y distintas"- no doy una.

En mi vida política, sin embargo, he tenido que echar mano de la "oratoria" en varias ocasiones. Y la verdad sea dicha: no sé cuál de mis intervenciones fue la peor, la más desangelada. Recuerdo, como manchas imborrables de la memoria, dos o tres de ellas. La primera fue ante una comunidad de campesinos cultivadores de la fresa en Zamora, Michoacán. Después de varias intervenciones de colegas míos -todos militantes del Partido Comunista-, a cual más exaltada y elocuente, me tocó hablar a mí. De la oratoria se

pasó a la cátedra, del entusiasmo al fastidio, de los puños en alto a los bostezos. Y yo, consciente del efecto de mis palabras, no hallaba cómo terminar. No podía hacerlo en cualquier punto (porque la célula me había encomendado desplegar no sé qué proposiciones). Me embarqué, por consiguiente, en la angustia y nombré capitán a la zozobra. Lo peor es que, en el guión que había hecho para orientar mi "discurso", había una tabla estadística. Me interné resueltamente en su lectura. Y sólo la buena educación, la paciencia y el compañerismo de los campesinos michoacanos permitió que ante el alivio de todos diera de bruces en el punto final. Las intervenciones que tuve posteriormente en la Organización de la Izquierda Revolucionaria-Línea de Masas (OIR-LM), en el Movimiento al Socialismo (MAS) o en el Partido de la Revolución Democrática (PRD) fueron igualmente desafortunadas. En la OIR-LM, por ejemplo, admiraba la capacidad oratoria de Luis Hernández, Saúl Escobar y Francisco González. En el MAS, las intervenciones de Adolfo Gilly, Imanol Ordorika, Carlos Ímaz y otros me causaban

admiración -no tanto por lo que decían y argumentaban como por la forma desenfadada, coherente y efectiva en que lo hacían. Yo podía lucirme si se me daba tiempo, si se permitía que tomara la palabra el maestro que hay en mí. Pero esto no se admite, en general, en las reuniones, asambleas, conferencias. Se pide que uno sea sintético, coherente y brillante. Para lograr eso hay que sobreponerse. En una palabra, tener un carácter especial del que yo, por lo visto, carezco o no he podido conquistar.

Fui uno de los fundadores de la OIR-LM. Esta organización política se formó en 1982 sobre la base fundamentalmente de la fusión de cuatro grupos de origen maoísta: "Tierra y Libertad" de Monterrey, los Comités de defensa popular de Durango, el Frente Popular de Zacatecas y la organización Ho Chi-min del Distrito Federal. Nosotros -el EIRA- nos incorporamos a la organización no como grupo independiente, sino como parte o extensión del FPZ. Creo que en la forma en que se llevó a cabo nuestra integración -por una coincidencia teórico-política con el FPZ y sin haber discutido ningún problema con los compañeros

de la Ho que vivían, como nosotros, en la capital- está el origen de los conflictos que posteriormente tuvimos en esta agrupación nueva. Hubo, antes que nada, diferencias teóricas. Después de varias reuniones empecé a advertir -siendo uno de los dirigentes de la OIR en el D.F.- la actitud perspectivista y vacía que asumía ante cada problema la nueva agrupación. Había que diferenciarse, decían los líderes del grupo, tanto del reformismo del PSUM como del extremismo sectario de Punto Crítico. Ni derecha ni izquierda, sino un centro equidistante de los extremos. En lugar de definirnos, en positivo, y a partir de un programa de acción propio, esperábamos la definición de los extremos para mostrar, perspectivístamente, nuestro centrismo. Critiqué ese punto de vista subordinado y heterónomo. Propuse llevar a cabo nuestro programa y las condiciones para crearlo. Pero si algo caracterizaba a la OIR era el practicismo y el manualismo u obrerismo vulgar. Mis prédicas y hasta cruzada a favor de la conquista de una realidad teórica tropezó con la

concepción pedestre e inmediatista de la "línea de masas"  
interpretada en el sentido más chato y primitivo imaginable.

## OCHO

1. *Laura*. Mi abuelo puso esta dedicatoria en uno de sus libros esenciales: "A Luisa, la bienamada, porque me dio la paz". Después convirtió su dedicatoria en epitafio, y durante muchos años se pudieron leer esas palabras en la lápida de la tumba de mi abuela Luisa en el Panteón Francés. Ahora ya no existen, porque los restos de la esposa de González Martínez reposan junto con él en la Rotonda de los Hombres Ilustres. Asocio el recuerdo de Laura, de mi prima Laura, con la palabra bálsamo. También con la palabra paz. Después de la tempestad de Maricela, la calma de Laura. La reconciliación con la existencia. El momento en que saqué un inventario de mis llagas y les empecé a aplicar la pomada de la ternura que mi prima me obsequiaba a raudales. Poco antes de entrar en relación con Laura mi ser se hallaba destruido, desestructurado, recorriendo incesantemente las galerías de la amargura y el pesimismo. Después, la convalecencia, la recuperación de fuerzas, la consideración de

que la vaga idea del suicidio no había sido sino el devaneo de una materia gris que no podía ver nada en claro. En una palabra, la paz, el clima propicio para volver a ser.

*2. Sobre la creación del Partido Socialista Unificado de México (PSUM).* Ante la noticia de que varias de las agrupaciones más señaladas de la izquierda nacional han decidido iniciar el proceso de su fusión orgánica, surgen espontáneamente las siguientes preguntas: ¿se está en camino, por fin, de crear el partido revolucionario de la clase obrera? ¿Se están poniendo, finalmente, las primeras piedras para erigir la tan necesitada vanguardia de la clase? o, por lo contrario, ¿estamos al inicio de una nueva y más sofisticada manera de engañar a los trabajadores? ¿Se está a punto de dar a luz en medio de las fanfarrias del optimismo, una organización política demagógica más? Antes de intentar responder a estos interrogantes, conviene subrayar que los pasos efectivos hacia la unificación del

PCM, el PPM, el PSR, el MAUS y el MAP es la confesión, si no expresa, sí tácita, si no en su formulación teórica, sí en el campo de los hechos, de la *irrealidad histórica* de todos esos agrupamientos, desde su nacimiento hasta hoy. Un partido *real* no se fusiona sino que asimila o recluta a personas o grupos. El partido de la clase obrera y de los campesinos se *alía* con otras clases o fracciones de clase; pero, dada su *realidad histórica*, no necesita fusionarse con otras agrupaciones para lograr su estructuración esencial, por la sencilla razón de que su objetivo no es ya la *conquista del partido* sino la *conquista del poder*. El reconocimiento de la irrealidad histórica del partido, aunque sea un reconocimiento tan sólo de hecho, parece ser un avance. ¿No decía Revueltas que la *conditio sine qua non* de la conversión de un partido *irreal* en partido *real* es el reconocimiento franco, valiente, decidido de su propia *irrealidad*? Pero este hipotético progreso implícito en el reconocimiento de la propia inoperancia en tanto partido de la clase obrera, se viene abajo si comprobamos que la autognosis del partido (o los diversos

partidos y grupos que van a fusionarse) no es la premisa para la creación del partido obrero-campesino, sino la base para generar, vía la unificación de la izquierda amaestrada, un partido socialdemócrata y reformista, destacamento socialista de nombre, pero democrático-burgués de hecho. Como en el espacio político nacional se puede registrar la ausencia no sólo del partido obrero-campesino sino de un partido reformista real, un partido que se coloque a la izquierda del PRI, y represente los intereses nacional-democráticos de la burguesía no monopólica, los partidos de marras han realizado este acto de prestidigitación: han reconocido *de hecho* la inexistencia histórica del partido obrero-campesino en México para darle realidad al partido democrático-burgués "de oposición".

El régimen burgués mexicano necesita como el cuerpo la irrigación sanguínea, de un partido socialista que legitime el sistema, la flexibilice, la estabilice. Necesita que el burdo presidencialismo sea substituido por un régimen semi-parlamentario, exige que el soliloquio priísta sea desplazado por

un diálogo (dentro de un régimen burgués modernizado) entre el partido oficial mayoritario y un partido de la izquierda unificada que sea la contrapartida del juego partidario que debe poseer todo régimen democrático, demanda que la dictadura del partido oficial, visible para todos, sea mediatizada por la forma más eficaz y duradera de la hegemonía política. Mientras el PSUM se someta a las reglas establecidas por el partido oficial -y la actitud de todos estos grupos y partidos frente a la Reforma Política no es sino un ejemplo claro, entre otros, de este acatamiento-, no habrá peligro de que el sistema político y económico nacional sufra un cambio cualitativo. Habrá, sí, mutaciones de detalle, modificaciones de forma. Tomará el poder la demagogia y será el carnaval de las ilusiones; pero la esencia del sistema, esto es, su carácter de *capitalismo monopolista de Estado de país dependiente* continuará siendo el mismo.

De la misma manera que el parlamentarismo reformista representa frecuentemente la expiación de los pecados del

sectarismo izquierdista (en el sentido del infantilismo), y viceversa, la política de *unidad a toda costa*, que no es la primera vez que surge dentro de la izquierda en general y en el seno del PCM en particular, es el precio que se va a pagar por largos años de política grupuscular y no participativa. ¿Con qué partidos y grupos se va a fusionar el PCM? El PPM no es otra cosa que una fracción escindida del Partido Popular Socialista (PPS), el partido fundado por Lombardo Toledano. Es cierto que el PPM de Gazcón Mercado ha roto con el PPS de Crushank García; pero esto no quiere decir que reniegue de Lombardo, sino que piensa que el sector que conserva el nombre de PPS no es fiel a la esencia de las enseñanzas "revolucionarias" del "Maestro". El Partido Socialista Revolucionario (PSR), el partido dirigido por Roberto Jaramillo, que se organiza a fines de 1976, proviene de un movimiento político que, después de una breve coincidencia con Aguilar Talamantes -quien acababa de romper con la CNAO y con Heberto Castillo para formar después el Partido Socialista de los Trabajadores (PST)- se organiza como el MOS e intenta

infructuosamente unificarse primero con el PPS mayoritario (lo que después sería el PPM) y la Tendencia Democrática de Galván, y después con el Partido Mexicano de los Trabajadores (PMT). El MAUS es un grupo que si bien tiene su origen remoto en el PCM, ya que sus dirigentes más señalados fueron los que encabezaron la tendencia del Movimiento Reivindicador del PCM, y quienes, junto con la Acción Socialista Unificada (ASU), formaron el Partido Obrero-Campesino de México (POCM), proviene, en lo que se refiere a su pasado inmediato, también del PPS. Sánchez Cárdenas, Lumbreras, Aroche Parra etc., abandonaron el PCM para formar el POCM y disolvieron el POCM para asimilarse al partido de Lombardo. Sólo después de muerto el "Maestro" rompen con los dirigentes del PPS y se organizan como MAUS. El MAP es un movimiento político-sindical, organizado a principios de 1981, y que recoge el legado democrático y nacionalista del movimiento electricista encabezado por Rafael Galván que se halla expuesto de manera condensada en la "Declaración de Guadalajara" y que enarbola la

bandera del nacionalismo revolucionario. Se trata, pues, de grupos y partidos muy heterogéneos, que se diferencian en edad, experiencias y centros de trabajo político. Pero todos tienen algo en común: son agrupaciones que, a pesar de decirse todas marxistas-leninistas, sostienen un ideario nacionalista, democrático y popular (como diría el MAP) coincidente en lo esencial con el ideario de Vicente Lombardo Toledano. Digámoslo sin reservas: un fantasma recorre el proceso de unificación de la izquierda mexicana: el fantasma del "Maestro" Lombardo. No se trata, desde luego, del viejo lombardismo -de la ideología que José Revueltas denunciara como ala izquierda del partido oficial- y que, hoy por hoy, no tiene otro representante que el PPS. El viejo lombardismo, socialista sólo de nombre, se caracterizaba no sólo por supeditar la contradicción proletariado/burguesía a la contradicción nación/imperialismo, sino diseñaba la necesidad de organizar un frente Nacional contra el imperialismo yanqui en el que estuviera comprendido, junto con las masas, el mismo Estado, ya que éste, producto de

la Revolución Mexicana -antifeudal y antiimperialista, decía el "Maestro"-, es susceptible, si se le empuja, de encabezar la lucha contra la injerencia económica del capital extranjero en general y norteamericano en particular. Este planteamiento del lombardismo ortodoxo resulta demasiado burdo en los años que corren para que una izquierda que dice ser independiente y opositora pueda comulgar con él. El neo-lombardismo ya no supedita la contradicción proletariado/burguesía a la contradicción nación/imperialismo, sino que la subordina a la contradicción democracia antimonopólica/capitalismo monopolista de Estado. Pero no sólo eso.

El lombardismo heterodoxo sigue concibiendo la necesidad de un frente anti-imperialista, aunque no le dé este nombre. Frente que, sin embargo, difiere del concebido por lombardo en un punto: se excluye de él al Estado. En términos generales, por ejemplo, se concibe a la cabeza del Poder Ejecutivo ya no como "cachorro de la revolución" sino como "cachorro del gran capital asociado a los monopolios extranjeros". El pueblo, dice este

neo-lombardismo, debe aliarse no con el gobierno sino con la parte sana, de carácter minoritario, del gobierno; debe cerrar filas no con el gran capital monopólico-financiero sino con la burguesía no monopolista de la iniciativa privada, debe luchar hombro con hombro no con el PRI tomado en conjunto sino con su "ala izquierda". Adviértase, entonces, que todos los partidos y grupos en vías de fusión, el PCM incluido, reniegan expresamente del viejo lombardismo para asumir tácitamente el nuevo.

El lombardismo, por otro lado, y nos referimos tanto al de viejo cuño, como al heterodoxo, se caracteriza por los siguientes puntos:

a) Por una postura estalinista encubierta o franca. En este contexto hay que situar la oposición, por parte del PPM sobre todo, a que el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) forme parte, pese a los requerimientos de ese partido, del PSUM.

b) En vinculación con lo anterior, se caracteriza también por la tesis *etapista* de la supuesta vinculación entre un programa mínimo ("nacional-liberador" decía el viejo lombardismo, "democrático-popular", aduce el nuevo) y un programa máximo (supuestamente el socialismo). Pero tanto el viejo como el nuevo lombardismo operan de este modo: absolutizan el programa mínimo y prometen para "cuando Dios quiera", el programa máximo. Aún más, en términos generales, sólo se puede llevar a cabo el programa mínimo si se está preparado para la realización efectiva del programa máximo, como la mención de este último es, por parte de la ideología en cuestión, puramente formal y declarativa (una especie de "escudo teórico" para que no se le denuncie como burguesa), el programa mínimo mismo nunca ve la luz, y el resultado de todo ello es el fortalecimiento del régimen capitalista que predomina en el país.

c) Se caracteriza también por un evidente reformismo económico (se descubre el "agua tibia" al subrayar que no se debe olvidar la lucha económica) y un evidente reformismo

político (se le hace el juego a la "Reforma Política" burguesa y se pasa a formar parte, en la farsa parlamentaria, de un sector de oposición). Se busca, pues, ocupar el espacio del partido opositor del régimen en el régimen y no el partido obrero-campesino que lucha por destruir el sistema.

Alguno de los grupos ha subrayado que no se deben confundir las reformas con el reformismo. Y tal diferencia es, sin lugar a dudas, justa en lo esencial. Las reformas devienen parte del reformismo cuando son tratadas de hecho no como *medios* para la transformación revolucionaria sino como *finés* en sí mismas. El neo-lombardismo habla, sí, de reformas como medios y no como fines en sí mismos, pero, como en el caso de la relación entre el programa mínimo y el programa máximo, habla de revolución o de socialismo de manera puramente declarativa y formal, como "escudo teórico" y promesa escatológica, mientras que absolutiza de hecho, las reformas, la pugna por arrancarle concesiones al sistema, la lucha burguesa de la clase obrera.

La tesis de la *irrealidad histórica* no es una tesis al margen de las clases sociales. Hay, entre otras, dos formas de denunciar esta irrealidad: la burguesa y la obrero-campesina. Vicente Lombarda Toledano y sus discípulos denunciaron siempre la "inoperancia" histórica del PCM; pero lo hacían con la esperanza de empujarlo hacia una realidad reformista. El viejo lombardismo no fue capaz, sin embargo, de tamaño logro. El nuevo, más demagógico y astuto, pretende hacer por fin tal cosa, y al parecer va por buen camino para realizarlo. La perspectiva obrero-campesina también denuncia la irrealidad histórica del partido; pero no para darle realidad reformista, sino revolucionaria. La tesis de la irrealidad histórica es de clase, asentábamos. Desde las perspectivas de la clase obrera y los campesinos pobres, el reconocimiento de ese hueco político, de ese vacío de lucha, debe traducirse en la pugna por darle realidad al partido obrero-campesino línea de masas. La integración de éste -la teoría y la práctica que implica, los deslindes y fusiones orgánicas que supone- no debe ser, como la fusión de la izquierda amaestrada

(del partido neo-lombardista) una conformación coyuntural. Los partidos y grupos "subsidiados" se unifican en vísperas de la lucha electoral. Sus declaraciones anteriores a favor de la fusión eran invariablemente pura retórica. Pero las elecciones son el clima propicio, el argumento convincente para poner manos a la obra en la creación de un partido, el PSUM, necesario para que el espectro político nacional se complete con una "derecha" (el PAN y su candidato Madero), un "centro" (el PRI y su candidato De la Madrid) y una "izquierda" (el PSUM y su candidato Martínez Verdugo). El partido obrero-campesino línea de masas no sólo debe constituirse escapando de toda conformación circunstancial -la cual, como es de preverse, será el embrión de nuevas escisiones probablemente post-electorales- sino basándose, no en decisiones cupulares de la intelectualidad reformista, sino en una línea de masas.

Será, además, un partido que subraye que la contradicción democracia antimonopólica/capitalismo monopolista de Estado no puede solucionarse si no se diseña una política que parta, que

gire en torno de la contradicción capital/trabajo. Será un partido que pugne por las reformas y por la lucha económica sólo en la medida en que coadyuven efectivamente al proceso revolucionario. En una palabra, será un partido que no acepte el papel de "opositor revolucionario" y aun "socialista" que le reserva el régimen, sino un partido que, al margen de la mañosa política burguesa luche denodadamente por destruir el régimen capitalista y construir no un régimen burgués nacionalista ni un régimen tecno-burocrático, sino un régimen verdaderamente socialista.